recordaba muy bien el pavor que causó el estruendo entre los Tenochcas.

Cortés se tranquilizó al punto de atreverse a pedirle a Moctezuma que le permitiera instalar una imagen de la Virgen María frente a los templos de Huizilopochtli y Tezcatlipoca, no imaginó que la petición pondría fuera de sí al monarca cuyo temor por sus dioses era mayor que el que podían inspirarlo los españoles.

Tajantemente reprochó a Cortés su falta de delicadeza y el capitán español tuvo que disculparse. Luego Cortés recuperó la iniciativa solicitando permiso para construir un altar cristiano en el palacio de Axcayáctl a lo que accedió prontamente el monarca si bien tenía por favorito a Huizilopochtli, los aztecas reverenciaban a todos los dioses de todos los pueblos.

El altar se construyó a gran prisa:

Mientras avanzaba la obra, Cortés se veía preocupado cavilando constantemente sobre lo difícil de su situación estratégica. Entre sus hombres corría el rumor de que los aztecas preparaban un ataque. La tirantez que había adquirido las relaciones con Moctezuma aumentaba su intranquilidad.

Hubo una junta de los principales españoles y como acuerdo se resolvió tomar como prisionero a Moctezuma y tenerlo como rehén.

Pero como obviamente tenían que actuar por sorpresa, Cortés solicitó una inocente audiencia a Moctezuma, se la concedió sin demoras. El día en que se celebró la audiencia los españoles llevaban una semana escasa de haberse instalado en Tenochtitlán.

Cortés se hizo acompañar por la Malinche y por sus principales lugartenientes. Una vez dentro del salón real,; actuó sin titubear. Tenía un magnífico pretexto para descontrolar a Moctezuma; un cabecilla azteca de Veracruz había atacado y dado muerte a varios españoles de la Villa Rica; Cortés tuvo conocimiento del hecho por intermedio de unos mensajeros totonacas. Moctezuma también sabía lo ocurrido pero se había cuidado de comunicarlo a los españoles.

De este modo Cortés pudo iniciar la entrevista reclamando al monarca el mal comportamiento de sus hombres y mostrándose ofendido de que Moctezuma no le informara al respecto; acorralado Moctezuma se limitó a negar que él hubiera ordenado el ataque. Cortés replicó que

en tal caso el agresor debía ser traído a Tenochtitlán para que lo castigaran los españoles, Moctezuma cedió.

Inmediatamente partieron rumbo a Veracruz varios mensajeros encargados de hacer cumplir el arreglo.

En cuanto se alejaron, Cortés informó a Moctezuma que debía acompañarlo al palacio de Axayácatl como garantía de que nada tramaban.

¿Pero cuándo se ha visto de que un soberano como yo abandone el palacio para rendirse prisionero? dijo Moctezuma estupefacto.

La discusión se prolongó por más de 2 horas. Los acompañantes de Cortés empezaron a hablar con voz alterada y Moctezuma preguntó a la Malinche qué significaba todo aquello y la hábil mujer dijo al monarca que lo querían matar. Añadió que Cortés era su amigo y no permitiría tal cosa pero que tenía que acompañarlo al palacio de Axayácatl para que los ánimos se serenaran. Esto decidió a Moctezuma enviar por la litera que lo conduciría al cautiverio.

Hubo alarma en el palacio cuando los aztecas vieron que Moctezuma abandonaba apresuradamente el lugar, rodeado por Cortés y sus hombres. Moctezuma calmó personalmente a sus súbditos.

Moctezuma, según Bernal Díaz del Castillo, aparentaba unos 40 años de edad, de buena estatura, esbelto y bien proporcionado, tenía rostro alegre y ojos muy expresivos.

En 1502 había escogido Tlatoani; como tal acrecentó los dominios aztecas por medio de conquistas y recrudeció la imposición de tributos a los pueblos sometidos.

Moctezuma reclamaba de todo a sus súbditos; aún de los más allegados, un sometimiento total; para entrevistarse con él debían reemplazar sus vestiduras de lujo por prendas muy modestas y limpias. Antes de dirigirle la palabra debían hacer 3 reverencias al tiempo que decían: Señor, mi Señor, mi gran Señor y permanecer con la mirada baja, pues nadie podría mirar directamente el rostro del soberano; cuando se retiraban lo hacían de espaldas sin levantar los ojos.

La vida de Moctezuma se parecía mucho a la de los sultanes; tenía 2 esposas legítimas que le dieron 19 hijos y una legión de concubinas con las que tuvo descendencia sin cuenta.

Pronto llegó la comitiva con el cabecilla que había atacado a los españoles de Veracruz. Lo acompañaban su hijo y 15 subordinados. Después de un juicio sumarísimo el cabecilla y sus acompañantes fueron condenados a ser quemados vivos.

Bajo el tormento el cabecilla declaró que había actuado por órdenes de su Tlatoani. Esto dió a Cortés la oportunidad de asestar a Moctezuma un golpe psicológico contundente. Mandó poner grilletes al monarca mientras se celebraba la ejecución como un castigo simbólico y Moctezuma se sometió tembloroso al ultraje.

Terminada la quema de los condenados, Cortés quitó en persona los grilletes de Moctezuma, éste le dió humildemente las gracias.

Intimamente sin embargo Cortés seguía preocupado. Vagamente sospechaba que no todos los cabecillas aztecas podían ser tan faltos de ánimo como Moctezuma. Subsistía la posibilidad de que los atacaran y al cortar los puentes les impidieran llegar a tierra firme y los doblegaran por hambre. Decidió por lo tanto mandar a hacer 4 bergantines que en caso necesario le servirían para la fuga.

Moctezuma parecía resignado y hasta contento de estar en manos de los españoles. Sorpresivamente Moctezuma regaló a Cortés 3 de sus hijas 2 de ellas en calidad de concubinas y una de ellas para que el capitán español fuera su padrino de bautizo. Cortés tuvo descendencia con las 3.

El comportamiento de Moctezuma llenaba de indignación a los dirigentes indígenas. No tardó en brotar una rebelión. Encabezados por Cacamatzin rey de Texcoco, los caciques de varios pueblos del lago formaron un gran ejército cuyo propósito aparente era el de rescatar al monarca cautivo; trataron de convencer a los guerreros tenochcas de que se les unieran pero éstos contestaban que nada harían sin órdenes expresas de Moctezuma.

Cortés se enteró de lo que pasaba. Aquello era precisamente lo que más temía y sin pérdida de tiempo decidió aprovecharse una vez más de Moctezuma. Le dijo que Cacamatzin intentaba derrocarlo y se declaró dispuesto de enviar sus ejércitos contra él; Moctezuma contestó que no era necesario, varios funcionarios Texcocanos estaban a sueldo del soberano Tenochca y a una orden de éste tomaron prisionero a Cacamatzin y a sus principales aliados y los condujeron al palacio de Axayácatl, donde quedaron bajo la custodia de una fuerte guardia de españoles. La rebelión había sido limpiamente sofocada.

Ya nadie intentaría liberar a Moctezuma ni combatir a los españoles. Sin saberlo el soberano azteca se había entregarlo él mismo a sus enemigos; Cortés se llenó de alegría al advertir el viraje que había dado la situación y sin pérdida de tiempo procedió a sacarle jugo: Anunció a Moctezuma de que había llegado el momento de jurar fidelidad a Carlos I y declararse su vasallo.

Aturdido al principio, Moctezuma cayó gradualmente en la cuenta de que no podía hacer otra cosa; así como él había sometido y humillado a tantos pueblos, no tenía ahora más remedio que someterse a un señor extraño y desconocido. Recordó la famosa profecía de que unos hombres confusamente relacionados con Quetzalcóatl gobernarían un día a los aztecas y no tuvo voluntad para oponerse a lo que él creía que era su destino.

Cortés le aclaró que no sólo él sino también los caciques de los pueblos tributarios de los aztecas tenían que hacer el juramento.

Aletargado, Moctezuma despachó mensajeros a todos los rincones de su imperio ordenando presentarse en Tenochtitlán a los caciques.

Todos los dignatarios con Moctezuma al frente se pusieron en fila y uno a uno fueron aceptando el vasallaje.

Llegó a continuación el momento de pedir a los flamantes vasallos que probaran su lealtad con un regalo digno de Carlos I; Moctezuma puso a disposición de los españoles el tesoro de su padre que estaba ahí mismo, en una de las habitaciones secretas de su antiguo palacio y que consistía en oro, objetos de plata, de jade y de pluma.

Fueron enviados mensajeros hasta las ciudades más lejanas del imperio azteca y pronto regresaron cargados de oro, joyas, ropa y adornos. Los españoles fundieron las joyas de oro para fabricar barras que serían más fácil de transportar; el botín fue enrome.

El sometimiento de los aztecas a la corona española se había consumado sin necesidad de disparar un solo tiro. Cortés era ya dueño del tesoro y sin embargo no podía darse por satisfecho ni considerar terminada su misión hasta en tanto sus partidarios no consiguiesen que Carlos I revocara en su favor la concesión dada a Velázquez para colonizar a México. En espera de una resolución Cortés prolongaba su estancia en Tenochtitlán.

Lo común en aquel lugar y época era que los conquistadores aban-

donaran las tierras sometidas en cuanto los vencidos juraban fidelidad al nuevo amo.

Ante la demora, Moctezuma empezó a insinuar a Cortés la conveniencia de partir. Para alargar las cosas Cortés reclamó el derecho de levantar un altar cristiano frente a los templos de Huitzilopochtli y Tláloc. Moctezuma aceptó sin regateos con el propósito viviente de que Cortés liquidara sus asuntos y se marchara.

Moctezuma mostaba abiertamente su impaciencia ya que la presencia de los extranjeros minaba cada vez más su autoridad. Finalmente un día a fines de abril o principios de mayo de 1520, recibió informes de que habían llegado a Veracruz 18 navíos españoles. Pensando que venían a recoger a los conquistadores para llevarlos a su país, Moctezuma se alegró y mostró a Cortés las mantas con dibujos y jeroglíficos en que sus representantes le comunicaban la nueva.

Cortés se mostró muy complacido aunque interiormente se esperaba lo peor; no se equivocaba: como le informaron poco después sus propios mensajeros, la expedición había sido enviada por el gobernador de Cuba. Capitaneada por Pánfilo de Narváez uno de los hombres más hábiles y decididos de Diego Velázquez.

La expedición era la más poderosa de todas las organizadas hasta entonces en el nuevo mundo; alrededor de 1400 soldados entre ochenta de caballería, 80 arcabuzeros y 150 ballesteros.

Narváez disponía asímismo de un gran número de cañones. Las órdenes que traía era aplastar a Cortés.

Para evitar enfrentamientos públicos entre españoles que podían aprovechar sólo a los nativos Narváez redujo a un mínimo el grupo de emisarios que debían exigir la rendición de la Villa Rica.

Fueron éstos, un clérigo, un notario y 4 soldados. Si fracasaban en su misión el notario debía levantar acta, que los soldados firmarían como testigos.

Lejos de rendirse el comandante de la guarnición tomó como prisioneros a los enviados y los despachó a Tecnochtitlán. De este modo Cortés se vió en la necesidad de hacer uso de toda su astucia. En cuanto los vió llegar dejó en libertad a los prisioneros, los colmó de atenciones y les pidió disculpas por los malos tratos sufridos en la Villa Rica. Dijo estar muy contento de que hubieran llegado más españoles a compar-

tir los frutos de la conquista y entre fiestas y agasajos llevó al clérigo y sus acompañantes a que conocieran la ciudad de Moctezuma.

Muy pronto los recién llegados adoptaron entusiastamente aquel punto de vista. Para reafirmar su magnífica disposición Corés les hizo un regalo en joyas y oro seguidamente los mandó de regreso a Veracruz.

En San Juan de Ulúa, Narváez y sus principales allegados se enfurecieron al ver que el clérigo volvía sin haber cumplido su misión y entusiasmado por los ofrecimientos de Cortés. Hubo quien pidiera el cese de las pláticas y un ataque inmediato a la guarnición de Villa Rica, pero por motivos legalistas convenía hacer otro requerimiento de su misión y se optó por despachar nuevamente al clérigo hasta Tenochtitlán con un ultimátum. Así se lograba de paso alejar a este personaje cuyas actividades molestaban profundamente a Narváez.

Las dádivas que había repartido y las maravillas que contó acerca del paíz azteca había producido serias divisiones entre la tropa.

El clérigo encontró a Cortés cerca de Cholula; tras haber decidido que debía enfrentar personalmente al enemigo, Cortés marchaba sobre San Juan de Ulúa con 260 hombres. En Tecnochtitlán había dejado una guarnición de 140 hombres españoles al mando de Alvarado.

Después de entregar su mensaje el clérigo informó que Narváez había trasladado su campamento a Cempoala reveló detalladamente las posiciones que ocupaba y sus planes de ataque y con orgullo dijo que muchos de los hombres de Narváez eran ya partidarios de unirse a los conquistadores de Tenochtitlán. Otros enviados de Narváez darían a Cortés informes aún más amplios.

Las fuerzas de Cortés eran apenas la cuarta parte de las que tenía Narváez. Sus esperanzas de triunfo se cimbraron en un ataque sorpresivo.

Prosiguió la marcha hasta la costa y cayó sobre Cempoala en la noche. Narváez alojado en el aposento del templo principal junto con varios de sus allegados apenas tuvo tiempo de levantarse y tomar las armas. A poco de levantarse la refriega, perdió un ojo, sus gritos hicieron saber a la tropa de su capitán había caído prisionero y todos se rindieron.

El triunfador seguramente no imaginó lo pronto que iba a necesi-

tar los refuerzos. Los mensajeros que envió a Tenochtitlán al día siguiente de su victoria para que les dieran la buena noticia, pronto regresaron con el informe de que los Tenochcas se habían levantado en armas y Alvarado estaba en peligro mortal.

Los aztecas celebraban a fines de mayo una fiesta en honor de Huitzilopochtli. El evento, danzas, plegarias y penitencias, tenía lugar en el atrío del templo mayor de Tenochtitlán y en él participaban los principales personajes militares y religiosos de la ciudad. Solicitaron permiso a Alvarado y éste lo concedió. Se reunieron así en el atrio 600 individuos desarmados. cuando menos lo esperaban Alvarado y sus hombres cayeron sobre ellos repartieron tiros de fúsil y tajos de espadas hasta que asesinaron a todos.

Se ignora qué motivos tenía Alvarado para llevar a cabo la matanza. Algunos historiadores creen que actuó impulsado exclusivamente por deseos de pillaje ya que los nobles asesinados fueron despojados de todos sus ornamentos de oro. Otro piensan que Alvarado se puso nervioso al escuchar rumores de que los aztecas planeaban atacarlos y quiso hacer un escarmiento a imitación del que su superior había hecho en Cholula. Sólo que en Tenochtitlán el populacho se reveló. Turbas enfurecidas arrojaron flechas y piedras sobre los españoles y los obligaron a repregarse en el palacio de Axayácatl; 4 ó 5 fueron muertos mientras huían.

Alvarado se vio en la necesidad de recurrir a Moctezuma para que aplacara a los rebeldes. Intervino el monarca y los ataques cesaron pero en torno al palacio quedaron guardias que impedían salir a los españoles así como patrullas que cortaban todo abastecimiento. Cuando descubrían a alguien tratando de pasar víveres de contrabando sin miramiento lo mataban a pedradas ó macanazos. Otro nutrido grupo de aztecas marchó sobre el sitio donde anclaban los bergantines y los destruyó prendiéndoles fuego.

En el camino de regreso Cortés se detuvo brevemente en Tlaxcala; Diversos mensajeros lo mantenían al corriente de la situación en Tenochtitlán.

Los españoles permaneciern en Texcoco solamente el tiempo indispensable para reponer sus fuerzas. Luego prosiguieron hasta Tenochtitlán.

Corría el 24 de junio de 1520 apenas siete meses de la llegada de los españoles.

Los sitiados disponían aún de alimentos pero el agua escaseaba; habían abierto un pozo en uno de los patios pero el agua resultó salada. Después de reprender a Alvarado severamente por sus imprudencias Cortés se esforzó por enmendar la situación. Atribuían la suspensión de alimentos y agua a maquinaciones de Moctezuma y al entrevistarse con él lo trató con frialdad. Luego le mandó decir entre fuertes insultos que reanudara los suministros ó se atuviera a las consecuencias. Parece que Moctezuma se tragó nuevamente esta humillación y aconsejó a Cortés que pusiera en libertad a su hermano Cuitláhuac para que fuera él quien transmitiera a los rebeldes la orden de volver a la normalidad.

Cuitláhuac antiguo rey de Iztapalapa se encontraba preso por suponérsele cómplice de Cacamatzin en su abortada rebelión. Una vez libre se colocó a la cabeza de los amotinados y el movimiento antes informe, encontró un caudillo que lejos de tener a ,os españoles anhelaba vengar la prolongada humillación del pueblo azteca.

Mientras tanto Cortés seguía confiado de que los tenochcas no sabían atacarlo y olímpicamente envió un mensajero rumbo a la Villa Rica para informar a sus compañeros que no se preocuparan por él. A los pocos minutos el mensajero regresó bañado en sangre y con la noticia de que había sido interceptado por una multitud de guerreros que marchaban sobre el cuartel español.

En el palacio de Axayácatl sonó el clarín de alarma. Pronto los patios y los corredores hervían de españoles y tlaxcaltecas listos para el combate. Masas enormes de Guerreros aztecas rodeaban ya el palacio; la nube de flechas que lanzaban era tan cerrada que por la noche los españoles recogieron 40 carretadas de proyectiles que debieron ser quemadas para despejar los corredores y los patios.

La artillería de los arcabuceros abría amplios claros en el mar de atacantes, pero los espacios siempre se volvían a llenar. El fuego de los cañones desconcertó de momento a los aztecas pero pronto reanudaran el ataque; la muerte había dejado de preocuparles y la sed de venganza los poseía.

Circundaba el palacio de Axayácatl un muro de altura poco mayor que la de un hombre; los aztecas trataron infructuosamente de derribarlo utilizando como ariete un grueso tronco.

Al ver que no podían salvar el muro muchos aztecas fueron a instalarse en lo alto de la pirámide cercana al baluarte español y de ahí causaron estragos tremendos con sus hondas. Por la noche los aztecas

suspendieron el ataque, sus muertos eran muchos, pero quedaban en pie muchos más. Los del bando español atareados en prepararse para el ataque de la mañana siguiente apenas tuvieron tiempo de lamentar sus bajas.

La furia azteca era incontenible. Los españoles fueron obligados a retroceder. Luego avanzaron nuevamente abriéndose paso a tajos de espada y lograron incendiar algunas casas situadas en las cercanías de su cuartel general. El día transcurrió en una serie de avances y retrocesos. Los españoles sufrieron gran número de bajas y él, Cortés mismo, resultó con una herida en el brazo, a consecuencia de la cual perdería para siempre el uso de los dedos de la mano izquierda.

Por fin los españoles convencieron a Moctezuma de que aplacara a la multitud; éste se presentó ataviado por un gran penacho y todos los ropajes propios de su condición; marchó hasta un sector del palacio de Axayácatl donde había dos pisos, instalado en lo alto, sus compatriotas lo podrían ver con facilidad. Varios nobles aztecas y una guardia española lo acompañaban; la ostentosa presencia del monarca no tardó en ser advertida por la muchedumbre tenochca; prontamente se hizo un silencio total.

La voz de Moctezuma resonó en la plaza; explicó que no estaba preso sino de visita. Tenía libertad de marcharse de ahí cuando quisiera —dijo—, y aseguró que no hacía falta seguir combatiendo, ya que los españoles le habían prometido abandonar Tenochtitlán en cuanto cesaran las hostilidades. Para que volviera la paz bastaba con que los tenochcas depusieran las armas y regresaran a sus casas.

" ¡Cobarde!" gritó uno de la multitud.

Instantáneamente llovieron insultos y muchas piedras y flechas sobre el infeliz monarca. Los guardias españoles no tuvieron tiempo de interponer sus escudos para protegerlo y Moctezuma rodó al suelo po por efectos de una pedrada que recibió en la cabeza. Cayeron también otros nobles aztecas que lo acompañaban.

Todavía durante los dos días siguientes Cortés llevó a cabo salidas sorpresivas, sus hombres ganaban algunas posiciones y luego se veían obligados a retroceder según los cálculos de más confianza, en las diversas divisiones murieron 200 españoles y 2000 indígenas.

Entonces se produjo otro desastre: Moctezuma murió. Al decir de Cortés, la muerte fue consecuente a la pedrada que recibió el monarca

al dirigirse a su pueblo. Había caído víctima de un ataque de melancolía; se negó a dejar que lo curaran y la vida se le escapó. Según otras fuentes, Moctezuma fue asesinado; los españoles lo mataron tal vez por haberse negado a hacer a sus súbditos un nuevo llamamiento a la paz.

La muerte de Moctezuma despejó el camino para que Cuitláhuac fuera designado como su sucesor. El príncipe Cuauhtémoc sobrino de Moctezuma.

La muerte del principal aliado involuntario que habían tenido los españoles decidió a cortés emprender la huída. Mientras Cuitláhuac y Cuauhtémoc consultaban a sus hechiceros sobre la mejor forma de proseguir al combate, Cortés pidió su parecer a un soldado astrólogo que lo acompañaba; por consejos de éste y de sus allegados resolvió huír de noche, a través de la calzada de Tacuba, que era la más corta (3 kilómetros) y la más cercana al palacio de Axayáctl. Para reemplazar los puentes que habían destruído los aztecas se emplearía un puente portátil hecho de tablones . . . Llegó la noche del 30 de junio al 1o. de julio, la cual se presentó excepcionalmente oscura. En medio del silencio general las puertas del palacio de Axayácatl fueron abiertas y por ellas comenzaron a deslizarse sigilisamente los fugitivos.

Una llovizna incesante caía sobre la ciudad, lo que contribuía a amortiguar el ruido que necesariamente tenía que hacer la columna, compuesta de unos 5000 individuos. Los aztecas dormían en sus hogarres; la ruta estaba desierta.

Encabezaba la columna Gonzalo de Sandoval, con 50 jinetes y 200 infantes españoles encargados de proteger a 400 Tlaxcaltecas que cargaban el enorme puente portátil y otros 250 que llevaban los cañones y otros bultos pesados.

Poco atrás, al cuidado de 30 españoles y 30 indios marchaba la Malinche y las 2 hijas de Moctezuma y concubinas de Cortés, así como los personajes náhuas prisioneros, entre ellos, Cacamatzin, rey de Texcoco. Cortés, iba al centro, con los cargadores del tesoro y la artillería pesada, y Alvarado en la retaguardia con el grueso de la infantería.

Avanzaron sin contratiempos hasta el lugar donde ahora se levanta el edificio del Correo Mayor. El puente fue colocado y lo cruzaron Sandoval y sus hombres. Comenzaba a pasar el núcleo comandado por Cortés cuando una mujer Tenochca salió por casualidad de su casa a llenar un cántaro de agua, vio lo que sucedía y sus gritos atrajeron a varios guerreros. Pronto se escuchó en lo alto de la gran pirámide el

tambor utilizado para dar toques de alarma.

Sonaron los caracoles de guerra y el lago se cubrió de canoas, repletas de arqueros tenochcas que disparaban contra los fugitivos.

Sandoval y su grupo habían avanzado cosa de 200 metros hasta encontrar otro puente destruído; desesperadamente pidieron el portátil para proseguir su marcha, pero el artefacto se atoró y fue imposible llevarlo adelante.

El tramo de calzada situado entre ambos puentes estaba ya repleto de fugitivos y los de la retaguardia ni siquiera habían tenido ocasión de salvar el primer obstáculo; eran éstos alrededor de 400 españoles y un millar de tlaxcaltecas; desordenadamente trataron de regresar al Palacio de Axayácatl y sin excepción fueron muertos en combate o sacrificados poco después; acosados por los arqueros de las canoas los que estaban en la calzada, fueron presos del pánico y atropelladamente empujaron a los de la vanguardia tratando de forzarlos a seguir adelante. Después de la tercera cortadura la calzada estaba intacta y los españoles pudieron seguir casi sin contratiempos, pues los ataques cesaron y en las cortaduras murieron 400 españoles y 2000 aliados indígenas, sumando éstos a las vCtimas de los primeros combates y los del contingente que trató de regresar al Palacio de Axáyacatl se obtiene un total de 1000 españoles y 500 indígenas muertos que constituye el cálculo más aceptado. Al salir el sol, los fugitivos llegaron al término de la calzada en las inmediaciones de Tacuba; Cortés sintió algún alivio al ver que varios de sus principales colaboradores habían conservado la vida, entre ellos estaba Alvarado, quien según versiones que lo persiguieron hasta el fin de sus días. Salvó una de las cortaduras dando un salto prodigioso de esos que sólo se dan cuando se tiene mucho miedo. Cortés vió también el resto de su maltrecho ejército, sus hombres llenos de sangre y lodo y desesperados por salvarse y según la leyenda, se sentó bajo un árbol a llorar.

Cuando se hubieron ido los españoles, se pensó que para siempre se habían ido, que nunca jamás regresarían, por tanto otra vez se compuso la casa de Huitzilopochtli, fue barrida y se recogió bien la basura y se sacó la tierra; mientras tanto, Cortés proseguía a su marcha hacia Tlaxcala; al hacer recuento notó que habían muerto varios de sus oficiales más valiosos y las dos hijas de Moctezuma que habían sido dadas a él; se conformó al ver a Sandoval, Alvarado y la Malinche. Cacamatzin había muerto; no se sabe con exactitud si perdió la vida en el combate o los españoles lo asesinaron. En medio de atmósfera tan deprimente, Cortés cabilaba acerca de lo que sucedería al llegar a Tlaxcala; la derrota sufrida suponía la liquidación definitiva del mito de los teules (dioses), miles de hogares tlaxcaltecas se encontrarían de luto por culpa de los extranjeros y no parecía del todo improbable que los tlaxcaltecas quisieran vengarse, aniquilando a los indefensos españoles.

Cortés se refugió en Tlaxcala, ahí se reorganizó y el día 28 un enorme ejército de españoles y aliados indígenas abandonó Tlaxcala; marchaban sobre Texcoco en la primera etapa de un plan cuyo objetivo final era la conquista de Tenochtitlán, en Tlaxcala quedó Martín López con 20,000 indígenas y un reducido grupo de españoles encargados de construir trece bergantines que serían empleados en el ataque.

A seis meses escasos de la noche triste, Cortés había logrado consumar su prodigiosa y casi increíble recuperación; además del espíritu indomable de Cortés y de su activencia incensante y hábil, el factor clave de la recuperación había sido la actitud de los tlaxcaltecas; cuando éstos vieron a los vencidos de regreso en Tlaxcala, lejos de aniquilarlos como temía Cortés después de la noche triste, los recibieron fraternalmente y le reintergraron decisión de seguir combatiendo hasta el final; había predominado sobre ellos el odio hacia los Aztecas, además el temor a sus represalias y la certeza de que solos resultarían exterminados, mientras que los aliados de ejércitos españoles tenían por lo menos la esperanza de resistir.

Explican en parte la determinación, contó además las circunstancias de que muchos indígenas habían renegado ya de las deidades mesoamericanas para adoptar fervientemente el catolicismo; entre los primeros bautizados estuvo Xicoténcatl el viejo, quien por todas partes se presentaba orgullosamente con su nuevo nombre de Don Lorenzo de Vargas.

Cholula y Huejotzingo habían reiterado su decisión de permanecer aliados a Cortés; dueños así de las llanuras de Puebla, los españoles podían interceptar el paso de los ejércitos aztecas que fueron enviados sobre los totonacas del Golfo y a los distintos grupos que poblaban Oaxaca; muchos pueblos del rumbo se sometieron pacíficamente movidos por el deseo de vengarse de los Aztecas o seducidos por la idea de participar en el pillaje.

La recuperación de los españoles se consumó prácticamente sin oposición; sólo hubo choques esporádicos con las avanzadas aztecas, combates sumamente disparejos en los que cada Tenochca tenía ante sí tres enemigos por lo menos y en ocasiones hasta diez; invariablemen-